



Artículo: O'Gorman: algunas lecciones del maestro hereje
Autor(es): Reyes Heróles, Federico
Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM
Número: 78
Año: 2007
ISSN edición impresa: 0187-182X
ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Reyes Heróles, Federico. "O'Gorman: algunas lecciones del maestro hereje" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 78 (2007): p. 11-15. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3595>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México
Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
 - **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
 - **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.
-



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

Las palabras, las líneas, la escritura son un arma de doble filo. Con ellas nos cubrimos, a diario nos vestimos de cortesía, atendiendo puntualmente a los lugares de encuentro preestablecido: buenos días, buenas noches, mucho gusto. Salimos envueltos de palabras que dicen poco pero que son las cartas de presentación naturales del encuentro inevitable. Las decimos para no decir. En el extremo también las usamos como disfraz. Con ánimo de ocultamiento lanzamos palabras que son pistas falsas, falseamos para no delatar nuestra verdadera condición: ¿cómo estás?, pregunta que recibe como respuesta automática, muy bien, gracias. La vida cotidiana exige facilitar los encuentros. No se puede andar por la vida con la confesión en la mano. Es a esa construcción que hacemos de nosotros mismos a la que se le llama persona. La persona es el disfraz, que sabemos que es disfraz, la máscara facial. Pero la palabra también es la única moneda de cambio que circula entre los seres humanos, la palabra construye los puentes que nos conducen a los territorios ajenos, a esas visitas imprescindibles que llamamos encuentros.

Así, por un lado, camina el discurso formal, la máscara, la persona, y por el otro anda la verdadera condición del ser que está detrás de las palabras. Pero uno ejerce sólo un control parcial sobre las palabras. Son ellas también las que nos traicionan y delatan el verdadero estado de nuestra entraña. Los discursos por escrito son el mayor esfuerzo de la retórica por construir una pieza formal sin concesiones y aún así se cuelan muchas perlas que delatan otras intenciones. Pocas palabras nos pueden escudar, muchas palabras desnudan. Precisamente para eso son las pláticas, para quitar la paja, el sobrante, los formalismos y tratar así, como diría Víctor Hugo, de tocar el alma. Hay almas que se abren fácilmente, hay otras con mil cerrojos.

Con los pensadores y sus obras ocurre algo muy similar. Una es la intención formal del texto que puede estar en el prólogo o en la cuarta de forros. Otra lo que, de línea en línea, puede uno ir percibiendo del autor a pesar de él mismo. Al final tenemos dos lecturas de una misma fuente de pensamiento: aquello que el pensador quiso que dijéramos de él y su obra y la otra de aquello de lo que nosotros conservamos como trofeo de una cacería difícil donde las presas huían, se camuflajeaban, nos tendían trampas.

Las tesis centrales de la gran obra de don Edmundo O’Gorman son claras y consistentes. Pienso en *La invención de América*, *La supervivencia política novohispana*, *Destierro de sombras* o sus planteamientos sobre el criollismo, por citar algunos trabajos. Allí está lo que O’Gorman quiso que se dijera de su obra. Pero sería deshonesto presentarlo como un científico puro cuyos descubrimientos se sostienen década tras década. Sin duda es eso y mucho más.

Edmundo O'Gorman es un autor complejo, ése sería el término socialmente correcto; pero también podríamos decir, siendo un poco más arriesgados, es un autor abigarrado. Es cierto que la tesis central es presentada y desarrollada consistentemente. Pero también lo es que sus textos están llenos de auténticas provocaciones paralelas con las cuales busca revolcar y sacudir las conciencias. Es en ese sentido un provocador sistemático, lo cual no riñe con la seriedad de sus trabajos. Es el caso de *México: el trauma de su historia*.

O'Gorman es abigarrado porque su forma de redacción camina linealmente en el tiempo pero, a la vez, circula sobre sí misma, como un resorte. Es abigarrado porque sus propuestas son definidas y defendidas pero llegan cubiertas, envueltas de todas las tesis que el autor quiere demostrarnos que fallaron. Su estilo pedagógico empieza en este descarte que don Edmundo realiza sistemáticamente y con cierta lejanía. Los libros del historiador son así una esgrima intelectual, en la cual, párrafo a párrafo, uno tiene que imaginar a la contraparte que con frecuencia no es delatada. O'Gorman se refiere en términos generales a los conservadores o los liberales, pero no va a la cita puntual. ¿Por qué?

Su obra está repleta de debates con colegas de los cuales recupera sus ideas para demostrar su insolvencia, pero no le parece necesario incorporarlos en el cuerpo central de la obra. Es por ello un gran polemista, casi pugilista de las ideas, pero no le gusta la sangre. Eso es demasiado burdo. Serían quizá los resabios de su estirpe inglesa. Este estilo me lleva necesariamente a otro calificativo: hereje. Don Edmundo no estaba dispuesto a ceder en los requisitos inevitables pero castrantes de la Academia. Él quería caminar libre, dar rienda suelta a su capacidad de conectar hechos e ideas sin demasiados formulismos y preámbulos.

Complejo, abigarrado, hereje y, si se me permite, en un acto de respetuosa irreverencia, mañoso. Pero me atrevo a la irreverencia porque si alguna lección nos dejó O'Gorman fue ésa, la irreverencia. Me atrevo a la expresión porque la intención última de la maña era la de escapar a los cánones y poder cuestionar descarnadamente algunas tesis de la historiografía tradicional. En el afán de producir materiales que rompieran cartabones, don Edmundo no tuvo el menor resquemor de acudir a atajos condenados por la rigidez.

Voy a la materia para sustentar mis dichos. Tal y como lo plantea Elías Trabulse en un espléndido prólogo a una reciente edición de los varios ensayos de O'Gorman del Centro de Estudios de Historia de México de Conumex, una de las disyuntivas centrales para apropiarse de este autor es su incontenible impulso por cruzar las fronteras entre la filosofía y la historia. “[...] todo acontecimiento —dice don Edmundo en “Historia y vida”— (ideal o material) puede quedar constituido en hechos de diversa índole, según sea el sentido que se les otorgue.” Las correlaciones entre sucesos son algo objetivo, pero es en la asignación de significados donde aparece el historiador-filósofo.

El hecho histórico en sí mismo no puede llegar lejos si no surge ese acto humano de otorgar sentido. Allí don Edmundo rompe con cualquier tipo de

positivismo histórico que anduviera merodeando. Pero ser capaz en la asignación de significados supone un conocimiento profundo de la axiología, de la jerarquía de los valores y eso es hacer filosofía. Para O’Gorman no había margen de maniobra: quien entraba en los laberintos de la historia necesariamente debería asignar significados, de no ser así sería un mero recopilador de materiales, un materialista, dirían con sorna algunos. La disyuntiva es válida para otras disciplinas, sociología, politología y laterales. La lección es clara: más vale tener una buena formación filosófica, sólo así será uno responsable.

Dijimos que las palabras cubren y desnudan todo a la vez. Hay una expresión que recorre la obra de O’Gorman, igual aparece una y otra vez en México: *el trauma de su historia* que en “Historia y vida” y en otras, una expresión que termina por delatar una mecánica de pensamiento. “[...] lo que llamamos —dice O’Gorman— un hecho no es sino el *modo de ser* con que dotamos a un acontecimiento al otorgarle sentido.” Modo de ser es una expresión que normalmente usamos para referirnos a individuos, a personas, modo de ser como explicación particularísima que ya no cabe en los atributos tradicionales, en esos cajones en que buscamos catalogar a la diversidad humana. Tiene un modo de ser difícil o agrio, o liviano para usar las expresiones de Kundera. El *modo de ser* es una consecuencia de la adaptación en el mundo, su modo de ser le impide, decimos, o le facilita, lo que sea.

Hablando de las diferencias entre liberales y conservadores don Edmundo lanza que coinciden en que quieren la riqueza estadounidense pero sin perder “el modo de ser tradicional”. Con esa expresión don Edmundo retrata la resistencia, nuestras resistencias, a los cambios profundos de cultura soterrada, tesis que sigue siendo válida. Queremos que las cosas cambien en nuestro beneficio pero no cambiar nosotros. Queremos que el estado de derecho se dé en México, pero tres de cada cuatro mexicanos sólo aceptan respetar las normas que les convengan. Queremos y admiramos la prosperidad de los otros pero un tercio de la población no considera al trabajo como algo importante en la vida. Nos admira la solidez de otras sociedades pero el 85% de los mexicanos no participa en ningún tipo de organización filantrópica.

O’Gorman no habla de ideología o de idiosincrasia, tampoco de cultura como ese gran cajón de sastre donde todo cabe y nada se encuentra. Es ese “modo de ser” que abraza a liberales y conservadores —dice O’Gorman— el que nos hace desear los beneficios de la modernidad pero no la modernidad misma. El diagnóstico es devastador. ¿Historia, antropología, filosofía? No lo sé y poco importa. Ésa es la lección. En las llamadas ciencias del hombre las fronteras son muy endebles. Lo que valida a los conceptos es su capacidad para explicar y asignar un sentido a los sucesos.

Por allí aparece lo que podríamos llamar la teoría de la historia de O’Gorman. Como lo recuerda Trábulse, O’Gorman hablaba en sus clases de filosofía de la historia, de “sistemas”, para referirse a un andamiaje explicativo válido por un tiempo. “Los sistemas sobre filosofía de la historia —dice O’Gorman— se de-

rumban cuando caducan, y entonces son creados otros que a su vez caducan y se derrumban.” En las ciencias sociales la mecánica suena conocida, la popularizó Thomas S. Kuhn a mediados de los años setenta. Kuhn provenía de las ciencias exactas y su texto sobre las revoluciones científicas estuvo pensado para ese ámbito pero provocó un verdadero cisma en las ciencias sociales atrapadas en esa época por el positivismo marxista. Kuhn no hablaba de sistemas sino de paradigmas pero la idea de auge y caída era muy similar. La lección es clara, don Edmundo pensaba en una necesaria relativización de verdades que nunca llegan a ser absolutas. Decirlo es sencillo, pero la tentación positivista con frecuencia rebasa las muy antiguas contrapropuestas filosóficas que buscan vacunarnos contra esa debilidad humana.

Procesos, proceso es otra palabra llave en la obra de O’Gorman. Observar los procesos que, bien a bien, no sabemos en qué devendrán. Por lo tanto definitivo no hay nada. Procesos complejos en los cuales son tantas las variables que resulta imposible saber cómo actúan entre ellas. En esa lectura de los procesos lentos y por momentos confusos algo queda claro: hay una acumulación irreversible de experiencias que conduce a una mayor complejidad. ¿Qué decir de ella? Lo cómodo, lo fácil, lo políticamente correcto en las décadas de producción de don Edmundo era evadir la palabra evolución. Recordemos que los evolucionistas eran auténticos traidores. La consigna de la revolución abrazaba a la mitad del mundo y a buena parte de México. Y sin embargo O’Gorman no tuvo empacho en decirlo, el día que México deje de añorar revoluciones y atienda más a la evolución de los asuntos, ese día nos irá mejor.

Decirlo hoy no tiene ningún mérito. La palabra revolución ha entrado en un cierto ocaso, no sabemos si reversible. Para algunos ya no representa una ilusión alentadora sino, por el contrario, es ella la responsable de muchos de los males que nos acechan. Pero si bien la palabra, el concepto revolución, ha sido zaherida, el apetito por encontrar ese cambio súbito, definitivo, abrupto, que corta de tajo, esa sacudida que brinda un amanecer de brillo inigualable, ésta sigue presente. Por eso todavía resuena el cuestionamiento de O’Gorman: ¿revolución o evolución? En un país embrujado por las revoluciones, en particular por la propia; en un país en que la revolución era la piedra de toque de la matriz del discurso oficial; en un país en que las principales avenidas de infinidad de ciudades y pueblos se llaman revolución y en el que seguramente por ahí andarán algunos niños llamados revolución, la tesis de don Edmundo era herejía pura. Claro está que O’Gorman nunca escribió un libro que se llamara ¿Revolución o evolución?, hubiese sido demasiado obvio. Pero manejó la idea como una de las muchas provocaciones colaterales de sus trabajos.

Lo mismo ocurrió con el combate no tan silencioso de O’Gorman en contra de las interpretaciones ontológicas del mexicano. La historia es larga y con muy buenos espadachines en la línea enemiga: Cuesta, Ramos, Paz y Fuentes, entre otros. Ésos eran sus interlocutores silenciosos. La idea era además muy popular: dos sangres espléndidas, la india y la española, que se fusionan para dar vida, para parir una nueva y suprema mezcla. Como el mexicano no hay

dos es la idea que cruza de los corridos y boleros a los ensayos de reconocidos académicos. O'Gorman no cedió la plaza.

Los entes históricos —dice el historiador filósofo—, cualesquiera que sean, no son lo que son en virtud de una supuesta esencia o sustancia que haría que sean lo que son. Con otras palabras, su ser no les es inherente, no es sino el sentido que les concede el historiador en una circunstancia dada o, más claramente dicho, en el texto del sistema de ideas y creencias en que vive.

La tesis en contra del esencialismo está regada en muchas obras de O'Gorman pero las líneas que preceden —particularmente precisas— fueron pronunciadas pocos años antes de su muerte, en 1991, al recibir el doctorado *Honoris Causa* de la Universidad Iberoamericana. Él sabía que la batalla no estaba ganada. El esencialismo había sido impulsado desde el poder, estaba en los murales de la Secretaría de Educación, en los discursos de los redentores periódicos, en nuestra literatura. No se trata de un mal que aqueje en exclusiva a los mexicanos. De hecho podría uno decir con Hobsbawm que está latente en todos los nacionalismos: del japonés con imperio, al galopante estadounidense con sus desplantes de omnipresencia, al alemán de Hitler o el peronismo original.

Sin embargo, el problema se agrava porque los mexicanos no lo ven como problema. Por eso nos irritan las comparaciones —como México no hay dos— lo mismo si se trata de nuestro folclor que de los índices de desempeño educativo o de productividad. El esencialismo era uno de los pilares de la esperanza nacional y por ello formó y forma parte del discurso político. El esencialismo justificaba la cerrazón política, cultural, etcétera. El esencialismo también explica una xenofobia silente que se detecta a través de los números: la única inmigración que los mexicanos aprueban, quizá como estereotipo, es la española, todas las demás son vistas como perjudiciales en niveles que rondan al 80% de los mexicanos. ¿Dónde queda el México de los brazos abiertos?

Don Edmundo lo vio con claridad. Las consecuencias del esencialismo eran muy graves. Al final del camino estaba un pecado capital: la soberbia. Nos lo dijo con todas sus letras en *México: El trauma de su historia*. Con la elegancia que lo caracterizó pero también con la crudeza necesaria, quedó asentado en ese texto publicado en 1977, en momentos en que nuestro país vivía el paroxismo de la cerrazón. La segunda edición tardaría décadas.

Provocador, abigarrado, hereje, mañoso, polémico y polemista, claro, consistente, con un espléndido manejo de la información, O'Gorman es como un brioso corcel. Al montase en él hay que hacerlo con convicción. Podría haber reparos que no nos gusten, podríamos terminar en el suelo, derrotados. Pero también esta allí la posibilidad de tener la más bella cabalgata por el vasto territorio del pensamiento. ▣